

*A la calle con la cacerola. El encuentro entre la izquierda y el feminismo en los ochenta.*

**Resumen**

En América Latina, durante la década del 80, se verificaron procesos políticos de especial relevancia. Junto a las transiciones a la democracia, irrumpieron discusiones, prácticas y discursos que modificaron los sentidos de lo político.

En un clima de fuerte movilización popular, cuestionando la dicotomía entre lo público y lo privado, emergió un nuevo sujeto político que invadió la calle, cacerola en mano, reclamando democracia e igualdad de género: el movimiento de mujeres.

El nuevo movimiento se nutrió de mujeres de diversos sectores políticos y de distintas generaciones. Pero las mujeres que provenían de la izquierda política jugaron un papel especialmente significativo. Ellas promovieron el encuentro entre izquierda y feminismo. Al hacerlo, contribuyeron a redefinir tanto el significado de ser de izquierda como las formas del feminismo local. Este documento explora las formas concretas del matrimonio mal avenido entre marxismo y feminismo (Hartmann (1979) en Uruguay.

Palabras clave: feminismo, izquierda, Uruguay, transición, años ochenta

**Abstract**

Latin America, during the 1980's, was the scenario of very important political processes. Together with transitions to democracy, new discussions, practices and discourses started and modified the political senses.

In a climate of strong popular mobilization, confronting the dichotomy between public and private, a new political entity invaded the street, pan in hand, demanding democracy and, also, gender equality: the women's movement.

The new movement drew on women of diverse political sectors and different generations. But the women who came from the political left played a particularly significant role. They promoted the connection between feminism and left.

Doing so, they helped redefine both the meaning of the left and the unhappy marriage (Hartmann 1979) between Marxism and feminism in Uruguay.

Keywords: feminism, left, Uruguay, transition, eighties

*Acá, las feministas*  
*A punto de parir su política, se preguntan por la autonomía*  
*por la doble militancia*  
*por la democracia en el país y en la casa*  
*por la producción y reproducción*  
*por los nuevos significados de las viejas palabras*  
*por las mujeres pobres*  
*y las otras-adornos, objeto de uso sexual, decorados*

Julieta Kirkwood, 1984.

## **Introducción**

En 1984, Julieta Kirkwood desde Chile, anunciaba el arribo al espacio público de un nuevo sujeto político: las feministas. Mujeres que buscaban parir otra política a través de un nuevo lenguaje, espacios de organización y asuntos que rompían los esquemas tradicionales para pensar y contestar el poder. Surgía entonces un nuevo movimiento político, que a diferencia de aquellas predecesoras que destinaron sus demandas sólo al espacio público y reclamaron el sufragio femenino, enfocaban sus energías tanto a la macro como a la micro política doméstica y afirmándose en la consigna “lo personal es político”.

La década del 80 en América Latina fue el momento crucial para la consolidación del movimiento de mujeres y el feminismo, En este proceso incidió la definición del decenio de la mujer de las Naciones Unidas a partir de 1975 que propició encuentros, difusión de ideas y materiales, alentó la creación de organismos locales, así como proveyó financiamiento para programas públicos, pero sin dudas otros procesos de raíz local que por un período importante de tiempo no entraron en contacto con la agenda internacional.

En este sentido, fue fundamental la emergencia de un movimiento de mujeres en el contexto de las transiciones políticas en el Cono Sur. Las mujeres comenzaron a ser protagonistas de espacios de resistencia y denuncia de las dictaduras, ocupando un espacio público disponible ante la proscripción de partidos políticos y militantes presos. En Argentina las madres víctimas del terrorismo de Estado, fueron el ejemplo más claro del quiebre en las fronteras de lo público y lo privado.

En el caso uruguayo, las mujeres se agruparon en organizaciones barriales, emprendieron ollas populares y participaron en la primera etapa de las transiciones en los distintos espacios de concertación que tenían como objetivo principal la denuncia de la dictadura. Paulatinamente se fue conformando un heterogéneo movimiento de mujeres que comenzó a agenciar temas como la participación política, la salud, el trabajo y la educación de la mujer. Grupos de investigación y organizaciones feministas a mediados de la década profundizaron la discusión con temas como la sexualidad, la maternidad y las relaciones conyugales en el marco de un sistema que describían y denunciaban como patriarcado.

La agenda de discusión de la transición política atravesada por la resignificación de la democracia, la revalorización de la política como espacio de encuentro y el discurso de los derechos, fueron especialmente importantes para la visibilización de las mujeres en el espacio público, para el ejercicio de una nueva voz y para la elaboración de una agenda generizada que tenía el respaldo de los derechos. Así se reclamó desde el derecho a la participación política de las mujeres al derecho de la sexualidad. Las transiciones fueron el momento específico en el que se demandó por “otra política”, que superara no sólo la no política de las dictaduras, sino aquella de la etapa previa.

En este sentido, las discusiones y procesos de reflexión por parte de quienes habitaban algunas organizaciones tradicionales como sindicatos y partidos, también fueron el contexto de emergencia del nuevo movimiento de mujeres, ya que ciudadanos y ciudadanas miraron el pasado críticamente y buscaron elaborar proyectos alternativos personales y políticos que el discurso democrático podía alojar.

La segunda ola del feminismo no cristalizó en el Conosur en los 70, sino en los 80, luego de sortear las dictaduras que anulaban cualquier tipo de participación social y en el contexto de las transiciones políticas que habilitaron la emergencia de nuevas organizaciones y sujetos políticos alineados hacia la consolidación democrática, algo que para muchas quería decir posibilidades reales de participación para las mujeres. Con la incorporación de mujeres provenientes de distintas vertientes, el feminismo latinoamericano se fue gestando en un proceso dinámico de discusiones teóricas y estratégicas.

La literatura sobre este proceso no es extensa. En Uruguay contamos con algunos textos que ilustran sobre el movimiento de mujeres (Johnson, 2000), y en la región una serie de estudios, en general a partir de casos nacionales, nos han permitido comprender algunas dinámicas de este proceso en los ochenta (Jelin 1987; Olea 1998; Femenías

2009; Bellucci 2014). Contamos a su vez con una serie de textos escritos por las propias protagonistas que en su condición de activistas y/o académicas han elaborado diversas interpretaciones (Barrig 1986, Vargas 1991, 2002, 2008; Álvarez 1998). Los textos de Virginia Vargas o Julieta Kirkwood (1983, 1984, 1986) nos aportan algunas claves desde donde ellas explicaron su acercamiento al feminismo. Sin embargo, en términos generales contamos con una literatura que da cuenta de este fenómeno sin adentrarse en quiénes lo protagonizaron.

Las mujeres, protagonistas importantes de este proceso de revisión y renovación de ideas y prácticas políticas, transitaron por múltiples espacios haciendo nuevas preguntas. Qué mujeres fueron protagonistas, de dónde provenían políticamente y en qué espacios continuaron participando luego de recuperadas las democracias no es algo que conozcamos en profundidad más allá de algunos testimonios o trayectorias conocidas. Esta interrogante no es menor, porque la composición del movimiento incidió en los ejes de su discusión y fue el resultado de procesos poco estudiados por la literatura sobre los ochenta.

Entre las discusiones centrales del feminismo latinoamericano en ciernes, se ubicó aquella referida a la “doble militancia”, identificada por Julieta Kirkwood como un nudo definitorio en el epígrafe antes citado. Este término nativo, designaba el activismo realizado de forma simultánea en las organizaciones sociales y los partidos políticos, específicamente en organizaciones políticas de izquierda. Esta vertiente del feminismo, llamada en los Encuentros Feministas Latinoamericanos como la de “las políticas”, definía gran parte de las discusiones e interpelaba distintos espacios de participación. Así la izquierda, estaba interpelada por el movimiento de mujeres, y este por las militantes cercanas a la izquierda.

Esta investigación tuvo como objetivo principal abordar las trayectorias políticas de las mujeres de esta vertiente, no sólo porque ha sido un fenómeno no estudiado en el Uruguay, sino por la importancia que las mujeres provenientes de las distintas izquierdas tuvieron en la conformación del feminismo local. A diferencia de los países vecinos, Uruguay no contó con organizaciones feministas en la etapa previa a la dictadura. Estas se consolidaron recién en los ochenta y se nutrieron en gran parte de mujeres militantes provenientes de los partidos políticos.

Para el caso uruguayo el desarrollo del feminismo no puede comprenderse sin atender a los procesos en el campo de la izquierda, y a estos últimos en el contexto de la transición democrática. En esta propuesta se ha buscado visitar los ochenta a partir de

una nueva perspectiva que trascienda la mirada anclada en los procesos de negociación entre los partidos políticos y las cúpulas militares, desde el entendido que la política debe ser comprendida más allá de las estructuras partidarias, y las izquierdas más allá del corrimiento en el espectro ideológico.

El centro de interés de este proyecto fue analizar el encuentro y desencuentro entre la izquierda y el feminismo en los ochenta en Uruguay, a partir de las trayectorias de militantes mujeres que protagonizaron este proceso. Para ello se buscó reconstruir las distintas condiciones que hicieron posible dicho encuentro, así como los efectos de este proceso en el feminismo postransición y en el campo de la izquierda.

El eje temporal de este trabajo va desde los primeros años del ochenta al final de la década en el que se clausura una etapa tanto para la izquierda uruguaya con el Referéndum de 1989 y la ruptura del FA, como para el movimiento feminista. Respecto a este último aspecto, el movimiento feminista local se enfrentará a nuevos desafíos como la discusión sobre el rol predominante de los organismos internacionales y su financiamiento, así como la nueva institucionalidad creada por el Estado, fundamentalmente a nivel local, a la cual se van a dirigir las demandas en términos de nuevas políticas públicas.

En este sentido, los ochenta tienen una densidad específica a la hora de analizar el encuentro de la izquierda y el feminismo que no lo tienen las épocas posteriores, por el contexto de la transición y el debate anclado en la democracia, por la incorporación de la cuestión de las mujeres por parte de las militantes de izquierda y por los debates dentro del movimiento feminista regional en su proceso de gestación determinados en gran medida por la participación de las “feministas-políticas”.

Para elaborar este documento se trabajó con fuentes orales y escritas. Para las primeras se realizaron entrevistas en profundidad con militantes mujeres que transitaban por organizaciones o espacios vinculados al movimiento de mujeres –en sentido amplio– y por las organizaciones partidarias. Las fuentes escritas consultadas fueron principalmente materiales de prensa como La República de las Mujeres, Cotidiano Mujer y textos publicados por las mujeres comunistas en la revista Estudios y en la columna de La Hora.

El texto se estructura en tres grandes apartados. El primero repasa las transiciones políticas como estructura de oportunidades para la emergencia del movimiento de mujeres y el feminismo en América Latina y en el Uruguay. El segundo apartado focaliza la atención en una de las vertientes del feminismo que fue central para

la región como es la de “las políticas”. El tercer apartado reconstruye el movimiento de mujeres en el Uruguay y la consolidación del feminismo a partir de la vertiente de las políticas, específicamente aquellas provenientes del campo de la izquierda. Este último apartado identifica espacios de circulación, estrategias políticas así como distintas apuestas del feminismo local.

### **Transición y movimiento de mujeres**

En Uruguay, la transición fue un proceso prolongado que se inició en 1980 a partir del plebiscito en donde los militares sometieron a consulta una propuesta constitucional que pretendía instalar un sistema con características democráticas, pero controlado por la fuerza militar<sup>1</sup>. La consulta pública se realizó el 30 de noviembre de 1980 y la propuesta oficialista fue rechazada, un 58% de la población votó en contra del proyecto. En esta etapa denominada por algunos autores como “dictadura transicional” (Caetano y Rilla, 1987), se establecieron las negociaciones entre militares y actores partidarios, así como se recuperaron – no sin represión de por medio- los espacios políticos de participación.

A partir de 1980, la oposición a la dictadura fue teniendo cada vez mayor capacidad de presión y la política retornó a escena. En 1982 se realizaron las elecciones internas de los partidos tradicionales; en 1983 se produjeron las grandes movilizaciones como el 1º de mayo, la marcha del estudiante y el acto del Obelisco; y en 1984 se realizaron las elecciones generales con la concurrencia de todos los partidos políticos aunque con candidatos proscritos. En la concreción de estos eventos, que hoy son los hitos de la transición uruguaya, estuvo la recuperación y construcción de nuevos espacios de participación y nuevas formas de hacer política.

Luego del plebiscito de 1980, la búsqueda por espacios legales de participación fue cada vez mayor. A nivel estudiantil comenzaron las revistas universitarias, aquellas en las que se difundía artículos científicos, novedades académicas y que paulatinamente daban lugar a una agenda del movimiento estudiantil y luego a la agenda política de la

---

<sup>1</sup> Este proyecto proponía la elección de la presidencia entre candidatos del Partido Colorado y el Partido Nacional (y la exclusión implícita del Frente Amplio), un tribunal militar con potestades de juzgar a los legisladores e intervenir en desacuerdos entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo, la sustitución del sistema de representación proporcional por el principio mayoritario en las Cámaras, un Consejo de Seguridad Nacional controlado por militares y eliminación autonomía departamentales y universitaria. (Rama, 1987:204)

transición. En 1982, se fundó la Asociación Social y Cultural de Estudiantes de Enseñanza Pública (ASCEEP) habilitando un espacio de participación antes clausurado por la ilegalización de la antigua Federación de Estudiantes Universitarios. Un proceso similar a nivel sindical, fundándose el Plenario Intersindical de Trabajadores que permitió la recuperación de la participación en este ámbito.

Además de la paulatina recuperación de los espacios políticos a nivel sindical y estudiantil, la novedad de los primeros años de la década en el contexto de la transición fue la emergencia de distintos espacios de participación social y barrial que habilitaron una resistencia informal a la dictadura y convocaron a una ciudadanía heterogénea menos delimitada por los marcos partidarios. El ámbito barrial fue especialmente importante para la emergencia de grupos informales dedicados a solucionar aspectos cotidianos. Así en los barrios se crearon grupos que recolectaban ropa o alimentos para los presos políticos y organizaban ollas populares que fungieron tanto como solución solidaria ante la crisis económica como espacio de encuentro político.

En este proceso los DDHH se fueron instalando a nivel local desde el trabajo cotidiano de la solidaridad. Esta primera red, al igual que en otros países, fue la base desde la que se crearon las organizaciones que comenzaron a trabajar por las víctimas directas, que denunciaban la dictadura, apoyaban a los presos y sus familias, y reclamaban por los desaparecidos y los niños secuestrados.

La primera etapa de la transición fue así un momento político de emergencia de múltiples espacios informales de participación que permitieron una organización mínima de actividades, intercambio de materiales, construcción de expectativas y movilización para la construcción de un bloque opositor a la dictadura que convocaba a un heterogéneo colectivo ciudadano que fluía entre distintas instancias. Múltiples espacios y distintas instancias de coordinación permitieron el encuentro y la recuperación intermitente de espacios de discusión y participación. Así se conformó la *Intersectorial* donde se coordinaban múltiples acciones de oposición a la dictadura, como las caceroleadas a partir de agosto del ochenta y tres.

La novedad de los ochenta no sólo fue la resignificación del término democracia sino la posibilidad de desplegar prácticas políticas más democráticas: procesar discusiones sin verticalismos, tomar decisiones de forma horizontal, diversificar y ampliar la agenda de temas, revalorizar el diálogo y la coordinación e impulsar nuevas formas organizativas. En este contexto un nuevo sujeto político emergió y fue

construyendo una agenda que anclada en las expectativas democráticas apostó cada vez más a discutir las formas y el contenido de la política.

Dentro de los distintos bloques opositores a las dictaduras que se conformaron en Argentina, Chile, Brasil y Uruguay, una de las novedades fue la de las organizaciones que nucleaban exclusivamente a las mujeres, que junto a las noveles organizaciones de derechos humanos trascendieron a los partidos políticos y ampliaron el espacio de lo público en el que participaban otras organizaciones sociales como sindicatos, gremios estudiantiles, cooperativas de vivienda y organizaciones cristianas.

La larga transición política en Brasil alojó desde sus inicios a diversos grupos de mujeres que participaron de la campaña por la amnistía y participaron activamente en el proceso de la Asamblea Nacional Constituyente. En Argentina, la visibilización de las mujeres se produjo fundamentalmente a través de las madres que protagonizaron el gran movimiento de derechos humanos, y en Chile un gran movimiento de mujeres adquirió visibilidad bajo la famosa consigna de “democracia en el país y en la casa”. De una u otra forma, la voz de las mujeres se hizo presente como no había sucedido en las décadas previas a pesar de la importante incorporación de las mujeres en su condición de militantes a distintas organizaciones políticas.

Como han señalado varias autoras (Barrig 1986; Johnson 2000), la clausura de los mecanismos tradicionales de participación, como los partidos políticos, durante las dictaduras implicó la emergencia de otros espacios informales que de forma paulatina se fueron transformando primero en espacios de resistencia a la dictadura y luego en una oportunidad para reclamar condiciones de participación. Las mujeres descubrieron que en la política de la cotidianeidad había mayores oportunidades para erigir la voz y amparadas en un discurso democrático que las protegía tejieron redes de denuncia y movilización (Feijoo, 1990:109).

Como señala Lesgart (2003), el resquebrajamiento de las dictaduras del Cono Sur en los ochenta, implicó la resignificación de la democracia y la definición de la política como el medio para alcanzar aquella. La discusión se centró en el aseguramiento del régimen político, democrático, no en el Estado como en los sesenta, y en el rol a jugar por los actores domésticos (Lesgart, 2003:85), principalmente los partidos políticos. Sin embargo, los partidos y dirigentes no fueron los únicos actores de la transición, justamente porque este momento político y cómo fue interpretado abrió las oportunidades para el surgimiento de múltiples actores y espacios de coordinación. Las expectativas depositadas en la democracia y en la política como cooperación llevaron a

establecer diversos espacios que convocaban a múltiples actores que mediante la coordinación y el acuerdo podrían definir el nuevo contrato político.

La literatura sobre las transiciones políticas en América Latina estuvo concentrada en el análisis de las condiciones institucionales en las que el régimen democrático se reinstauraría y en las cuotas de poder de los participantes de los procesos de negociación (O'Donnell, Schmitter y Whitehead 1988, Pizzorno et al 1985, González 1985, Rama 1987, Achard 1992). Una perspectiva anclada en una definición procedimental de la democracia dejó al margen las expectativas de diversos actores políticos que buscaban construir una nueva democracia, no sólo contestando los procesos dictatoriales sino incluso algunos aspectos de la etapa previa. Las mujeres demandaban por una democracia que las incluyera de forma real porque las garantías formales no resultaban suficientes.

El heterogéneo movimiento de mujeres que se fue conformando apostó entonces también a la idea de una “nueva política”, menos jerárquica, dogmática y orgánica, más participativa, plural y dinámica. Con este espíritu se buscaron espacios de encuentros y coordinación en el que la categoría mujer fuera aquel elemento aglutinador de energías para denunciar el terrorismo de Estado y construir una democracia plena. Con distintas pretensiones políticas y agendas de género las mujeres salieron a la calle con la cacerola en mano y adquirieron una visibilidad en tanto mujeres que no habían tenido en la etapa a la previa a la dictadura.

El movimiento de mujeres conformó un nuevo espacio político que en el lenguaje de la época comenzó a ser parte de los “nuevos movimientos sociales”. En este proceso fue fundamental el surgimiento de un nuevo discurso que apelara a un sujeto político que anteriormente no existía como tal. Como señala Jelin (1990:8), a diferencia de otros movimientos sociales en los cuales el sujeto ya había pasado por el proceso de constitución, los movimientos de mujeres debieron primero que nada enfrentar el primer desafío de hacer de la categoría mujer un término significativo y movilizador. Sin embargo como veremos más adelante, esta fue una primera etapa en el contexto de la emergencia del movimiento de mujeres ya que a posteriori una de las discusiones que interpelaría directamente al movimiento sería aquella referida a los significados del término mujer.

## **“Las políticas”**

En el pasado inmediato a las dictaduras, el feminismo radical estadounidense y el europeo de los sesenta y setenta, apenas llegó a América Latina en aquellos años, dada la preeminencia de los proyectos políticos revolucionarios que dejaron muy poco espacio para la tematización y reflexión de las revoluciones - políticas y sexuales- en las trayectorias de las mujeres. Las organizaciones políticas que en dicho contexto fueron protagonistas y convocaron a una generación de mujeres a la política, poca atención prestaron a la “cuestión de la mujer”, en un contexto donde estas premisas eran consideradas – por hombres y mujeres- pequeñoburguesas y donde la causa principal de la revolución eliminará cualquier tipo de desigualdad.

Una situación distinta se dio en la etapa que sobrevino a las dictaduras. Como se señaló anteriormente, el discurso de la democracia y los derechos habilitó a discutir las condiciones de participación en una democracia formal que hacían al régimen general y a los espacios organizativos por los que se circulaba. En este sentido dentro de algunos partidos y movimientos políticos, específicamente en los procesos de reflexión de algunos militantes, comenzó a darse un proceso de discusión interna que giraba en torno a la preocupación por las prácticas políticas, las cuales debían renunciar a todo signo de autoritarismo y garantizar la libertad y democracia interna (de Giorgi 2012, Ollier 2009:210).

Integrantes de diversas organizaciones, armadas y tradicionales, luego de la dictadura y de distintas experiencias de clandestinidad, exilio, cárcel o desmovilización política, se volcaron a su vez hacia una reflexión sobre su experiencia concreta en el pasado inmediato y otorgaron un rol a lo personal y al terreno de la vida íntima que escaso lugar había tenido en los momentos de auge de la movilización pre-dictaduras. Fue el momento para revisar decisiones personales –laborales, familiares, vocacionales, donde el encuentro con lo íntimo los hacía parte de un mundo menos heroico pero más cercano al de tantos otros (Ollier, 2009:125).

Desde la otra orilla, en Argentina, a la altura de 1985 la demanda por “reconciliar la política con la vida”, era mucho más explícita y elaborada. La Revista Praxis dedicaba un número especial a la “crisis de la militancia” y en su editorial, Laura Rossi y Horacio Tarcus realizaban una fuerte crítica a la izquierda y específicamente a la izquierda comunista.

“No es casual que la vida cotidiana – chata y gris- desaparezca del horizonte problemático y programático de la izquierda tradicional frente al peso radiante de la Historia. Es que para la Doctrina, no es el hombre lo que interesa, sino la clase; o al menos la inserción de aquel en esta. [...] Lo personal no es político. Lo personal no nos compete. Lo personal, pasó a ser en la izquierda, el síntoma culpabilizador de su exterioridad con respecto a la clase trabajadora, el chivo expiatorio de su impotencia. En nombre de un proletariado condenado a una existencia política limitada a la vida pública, se delega en la burguesía la responsabilidad y el usufructo de la vida privada, de sus goces y sus miserias. Nosotros mientras tanto, difundimos la imagen publicitaria de «rojos» recios y decididos, puro espíritu y sangre combatiente, bonus pater familiae (amante roja incluida), políticos especializados. Un slogan de poca monta”. (Tarcus; Rossi, 1985:17)

Esa “vuelta al yo” (Ollier 2009) que realizan los militantes fue especialmente significativa en el caso de la reflexión producida por algunas mujeres que revisaron su trayectoria personal, aquella cruzada por varias contradicciones como la de haber sido protagonistas del espacio público diferenciándose radicalmente de las generaciones anteriores, pero sin haber otorgado a ese proceso personal un status político. Aquellas que habían comenzado a hacer la revolución dentro de otra revolución en los sesenta y setenta, como había señalado Rodolfo Walsh (Sapriza, 2014), llegaron a los ochenta con una batería de preguntas, dudas y cuestionamientos que habilitaron revisar su trayectorias e interpelar a las organizaciones políticas de las cuales provenían.

Repararon los roles políticos asumidos, las responsabilidades y la falta de oportunidades para ocupar puestos de jerarquía, así como revisaron sus maternidades o la renuncia a ella anudada a un proyecto político, la vida de pareja, la sexualidad, los sentimientos, la transgresión –limitada- a los mandatos de género y denunciaron la vulnerabilidad en su condición de mujeres, ante la dictadura pero ante la sociedad en general y ante sus propias organizaciones de pertenencia.

El destino biológico de la reproducción en la mujer y por tanto la maternidad, la anticoncepción, el parto (con dolor y sin dolor), el aborto y el derecho al disfrute de la sexualidad -en clave heteronormativa-, buscaron ser colocados por algunas mujeres –las que ya se autodenominaban feministas- en el en el centro de la discusión política y en

una apuesta política emancipatoria, como señalaba Julieta Kirkwood con maestría literaria:

“Cuando se produce la rebelión de las mujeres, Nun habla del colmo de la sorpresa de los guerreros, de los "tribunos de la plebe", de los ideólogos, cuando las mujeres les "pasan la cuenta" por: su ropa sucia, la crianza de los hijos, la 'cautela de su siesta, el sexo sin ganas, el callarse para evitar conflictos, etc. Pero, el feminismo no sólo es revolucionario por este ajuste de cuentas, lo es por su contenido y por su acto liberador: lo personal es político, queremos también libertad” (Kirkwood (1984) 1987,84)

Como señala Bellucci (2014:47), la segunda ola del feminismo es inescindible de la revolución sexual de los sesenta. En el Conosur se da la particularidad de que está revolución quedó subsumida en la otra revolución, aquella que apostaba a un cambio estructural. Fue recién en la revisión de aquellos procesos que lo personal también pudo ser revisado y analizado desde otro lugar. Sin embargo este proceso no fue sencillo ya que la consigna de lo personal es político fue interpretada más de una vez como una desviación de las grandes discusiones que debían procesarse en las organizaciones.

El desafío por tanto fue el de articular las nuevas ideas feministas con un proyecto de transformación con el que aún comulgaban. Así se desplegaron en un primer momento acciones y discursos que buscaban no poner en discusión algunos códigos de interpretación marxista ni escupir sobre Hegel como había propuesto Carla Lonzi a principios de los setenta en Italia. Como señala Vargas, el feminismo ofrecía respuestas a las nuevas preguntas, pero el abandono de sus comunidades de pertenencia era un riesgo que no todas estaban dispuestas a asumir:

“Estábamos aún muy influenciadas por los partidos de izquierda, aunque ya vislumbrábamos la necesidad de la autonomía. De ahí que, en esa época, definiciones como feminismo socialista, feminismo popular, revolucionario, etc, **eran los apellidos que poníamos para hacer más digerible**, para nosotras, **nuestra definición feminista**. Todas estábamos buscando otras respuestas, de alguna forma rompiendo los viejos paradigmas políticos” (Vargas, 1991:16)

El campo de la izquierda en sentido amplio incidió entonces en los debates de la época y en la incorporación del feminismo por parte de las mujeres militantes en un proceso que por un lado buscaba tomar distancia y por otro no encontraba otros modos de pensarse por fuera de los esquemas marxistas. Se impulsaban así actividades de

“concienciación” y no concientización (Calvera 1990), mientras se discutía el dilema de la “doble militancia”, término que daba cuenta por sí mismo de las vinculaciones con los espacios partidarios y específicamente con el campo de la izquierda. “Militancia” claramente era un término que hacía referencia a un lenguaje de ciertos colectivos políticos definitorio de los sesenta y aún vigente para discutir la participación en los ochenta.

El movimiento feminista, mucho más que los espacios partidarios, discutieron la “doble militancia”, ante la amenaza que significaba para la autonomía del feminismo los vínculos orgánicos de algunas feministas con los partidos. Lo interesante de esta discusión es que se daba en el propio lenguaje de las izquierdas.

### **Del movimiento de mujeres al feminismo en Uruguay**

En Uruguay la segunda ola del feminismo cristalizó en los ochenta y específicamente en la segunda mitad de esta época. Los primeros años de la transición política alojaron a un heterogéneo conjunto de organizaciones de mujeres que hicieron visible un nuevo sujeto político con demandas específicas pero que en modo alguno denunciaron un sistema patriarcal como sucedería algunos años después.

Las primeras organizaciones de mujeres desplegadas en el ámbito barrial y que convocaron a la participación principalmente de sectores populares habilitaron a las mujeres a ubicar los primeros lugares en la resistencia a la dictadura y en la solución de problemas concretos pero no criticaron los roles de género. Las ollas populares, las agrupaciones de amas de casa y la protesta a través de las caceroleadas son una expresión clara de esta etapa de denuncia de las dictaduras, no del sistema patriarcal.

Como señala Johnson (2000: 73), en esta primera etapa las mujeres aún no se visualizaban como actores políticos, sino como activistas de un momento que consideraban provisorio hasta la recuperación de los canales tradicionales de participación. En este momento político además de la denuncia de la dictadura y el reclamo a las garantías institucionales, las mujeres se organizaron para resolver problemas concretos relacionados al cuidado de los niños y el mantenimiento del hogar. La denuncia de los precios de los alimentos fueron una constante de este momento que restauraba una agenda femenina en los sectores populares que tenía sus antecedentes en la pre dictadura.

Por otra parte, las emergentes organizaciones de DDHH como Madres y Familiares de Presos y Desaparecidos, otorgaron a las mujeres un lugar central. Así desde el rol tradicional –y protegido– de madre, pudieron realizarse denuncias y movilizaciones en contra del terrorismo de Estado. Familismo y específicamente maternalismo como ha señalado Jelin (2010) fueron los lugares desde donde se pudo protestar contra las dictaduras a costa de la reproducción o reificación de algunos roles de género.

En el marco de un paulatino crecimiento de los espacios de participación y oportunidades de movilización, las distintas organizaciones confluyeron en instancias de coordinación más amplias como la Comisión de Mujeres Uruguayas (CMU) o el Plenario de Mujeres Uruguay (PLEMUU), cuya plataforma incluía: libertad y democracia, respeto a los derechos humanos, trabajo decente, salario y pensiones, rebaja de los precios de la canasta básica, derecho a la vivienda, educación y salud, y elecciones libres sin proscriptos (Johnson 2000:78).

A pesar de lo poco contestatarias en términos de género que resultaban este tipo de demandas, las mujeres a partir de su experiencia comenzaron a discutir otras cuestiones y a identificar problemas que compartían en tanto su condición de mujeres activistas. Estas organizaciones fueron así la base para la generación de grupos de concienciación en los que comenzó a surgir una agenda más anclada en el terreno de lo personal y que visibilizó las dificultades que las mujeres enfrentaban más allá del régimen dictatorial.

En este proceso fue fundamental el rol cumplido por organizaciones como el Grupo de Estudios sobre la Condición de la Mujer (GRECMU), fundado por la socióloga Suzana Prates en 1979. La *Cacerola*, revista editada por este grupo de feministas académicas puso en circulación una serie de temas y discusiones que interpelaron directamente a las mujeres que se encontraban organizadas a nivel barrial, aunque como señala Johnson (2000:80) esta interpelación no siempre fue bienvenida, especialmente resistida por aquellas organizaciones de base cristiana.

La importante dimensión que tomó el movimiento de mujeres permitió la conformación de redes y la participación de estas en los espacios de coordinación y concertación que se desplegaron a medida que la dictadura se debilitaba y se acercaba la restauración del régimen democrático. Primero la Intersectorial y luego la Concertación Nacional Programática en la que se definirían acuerdos programáticos entre diversos actores políticos, implicaron para el movimiento de mujeres un desafío al que debían apostar erigiendo una voz y elaborando propuestas concretas de políticas.

En la medida que la “cuestión de la mujer” como se denominaba en la época fue adquiriendo importancia y entrando en las instancias de debate público, las organizaciones se nutrieron y convocaron a jugar un rol de primer orden a las mujeres vinculadas a las organizaciones partidarias, también en Uruguay llamadas “las políticas”. Militantes de distintas organizaciones comenzaron a vincularse cada vez más con esta agenda en un contexto discursivo y organizacional que permitió a las mujeres participar en un debate público y apuesta política que tuvo en su momento un grado de apertura importante.

### Las políticas en Uruguay

Las elecciones de 1984, la legalización de los partidos políticos y el retorno continuo de militantes exiliados recentró la arena política nuevamente hacia los partidos. Varios de los agrupamientos informales se fueron diluyendo mientras los nuevos movimientos sociales se vieron enfrentados a la competencia de los partidos en la medida que sus adherentes pasaban a dedicar más tiempo a las distintas orgánicas partidarias. En esta situación las políticas re-entraron a la arena partidaria con una nueva visión de su rol a desempeñar buscando ampliar la participación de las mujeres y construir una agenda específica en esta dirección (Johnson 2000:83).

En distintas organizaciones políticas pasaron a conformarse organismos dedicados a analizar la nueva agenda que los movimientos sociales habían instalado, como la de DDHH y la cuestión de la mujer. Respecto a esta última diversos partidos políticos contaron con organismos de mujeres que se conformaron en los sectores progresistas de los partidos tradicionales y en las distintas agrupaciones políticas de izquierda. El Frente Amplio coalición de varios partidos fundada en 1971 contó una comisión de la mujer integrada por mujeres de los distintos sectores políticos, el Partido Comunista tuvo una Comisión de la Mujer integrada por una nueva generación que implicó un importante cuestionamiento revisionista en torno a la línea del partido y la central sindical también contó con una comisión de mujeres con una importante llegada a los sectores populares.

En este sentido convivieron por un tiempo los espacios orgánicos partidarios específicos para las mujeres y las organizaciones sociales y redes en los cuales las mujeres entraban en contacto. Como ya se mencionó el espacio de concertación en aras

de la inauguración de un nuevo gobierno democrático fue un espacio especial de encuentro. Sin embargo la existencia simultánea de espacios y la construcción de redes no implicó que se difuminaran las fronteras entre los espacios de participación sociales y los partidarios.

La vertiente de “las políticas” en el feminismo uruguayo fue más que importante dado que también los espacios sociales de participación estaban fuertemente interconectados con los partidos políticos. Así el movimiento sindical, el movimiento estudiantil y el de DDHH en Uruguay estuvieron desde su nacimiento fuertemente entrelazados con los partidos y especialmente con las organizaciones de izquierda.

En diversos países el feminismo de los ochenta creció a partir del ingreso de mujeres provenientes de organizaciones de izquierda (Vargas, 2008; Masson 2007), pero este fenómeno fue mucho más relevante en Uruguay donde prácticamente previo a esta década no existían organizaciones autodenominadas feministas.

El feminismo en Uruguay se nutrió especialmente de las militantes de izquierda o de académicas vinculadas a la izquierda y aunque en una primera etapa de la transición se desplegó un espacio compartido entre mujeres de distintos sectores, como veremos más adelante el movimiento de mujeres se enfrentaría a una importante discusión respecto a su posición política en un tema que afectaba directamente a la izquierda como lo fue la agenda de DDHH.

En el contexto de apertura y discusión de la transición política surgieron nuevos espacios políticos y se fue redefiniendo una nueva forma de ser de izquierda o al menos el intento por parte de algunos y algunas que buscaron redefinir prácticas políticas y construir una nueva agenda. Este fue el caso de las mujeres militantes de distintas organizaciones políticas de izquierda que comenzaron a participar en organizaciones de mujeres a la vez que discutieron a la interna de sus colectivos de pertenencia la situación de las mujeres. Sin duda, este proceso interpeló a las organizaciones partidarias que debieron enfrentarse a duras críticas sobre la desigualdad de género y a la demanda de la incorporación de nuevos temas, antes considerados no políticos, a la agenda de discusión.

Reconsiderar este proceso desde el punto de vista de la izquierda es imprescindible para revisar las interpretaciones que se han elaborado de los distintos procesos políticos y que soslayaron el encuentro con el feminismo, algo que podría haber conducido a nuevas formas de definir los sentidos de la izquierda. Los distintos estudios fundamentalmente provenientes de la ciencia política realizados después de los

ochenta, se concentraron en el Frente Amplio y en el estudio de las propuesta programáticas que hacían al “cambio estructural”, dejando de lado otras transformaciones que fueron también parte de distintos procesos en diversas organizaciones y que hicieron a un nuevo repertorio de ideas.

Dentro de la vertiente de las políticas y dentro de la izquierda, las mujeres que se encontraron con el feminismo en los ochenta fueron principalmente aquellas jóvenes protagonistas de la movilización de los sesenta y no tanto las adultas de aquella época o las jóvenes socializadas en los ochenta. Eran las jóvenes que habían participado en los sesenta de las movilizaciones callejeras, las asambleas estudiantiles tarde en la noche, las ocupaciones de los centros educativos, ampliando los márgenes de su autonomía y transgrediendo los mandatos de género vigentes mientras se apegaban a un modelo de militancia regido por la imagen del *hombre nuevo* que regía para las distintas izquierdas y también para las mujeres. El discurso hegemónico de la igualdad que se instaló en todas las izquierdas de la época y la homogeneización en clave masculina había permitido contestar las pautas de la femineidad vigentes aunque esto implicara un proceso de invisibilización para las mujeres, quienes justamente no querían ser vistas como mujeres sino como militantes y más precisamente como el Che Guevara.

La juventud de los sesenta compartió la calle y tomó distancia de las generaciones precedentes. Sin dudas la ruptura realizada por las jóvenes fue mucho mayor que la de los jóvenes. La violencia cotidiana y la movilización callejera les demandó a las jóvenes un esfuerzo en términos de valentía, sacrificio y resistencia que las alejaba de ciertas pautas de femineidad vigentes y que les permitió distanciarse de lo que habían sido las trayectorias de sus madres, fundamentalmente en el caso de aquellas que inauguraban en su familia el ingreso a lo político. El rol emancipador de la militancia fue fundamental para aquellas jóvenes que se distanciaron de sus tradiciones familiares y aprendieron como dicen ellas a “tener ideas propias”.

Las transgresiones a los mandatos de género no solo provinieron de la revolución política sino también de la sexual y cultural, muchas veces incorporada en el marco de la militancia política. Las relaciones sexuales pre-matrimoniales con “el compañero”, el nuevo concepto del amor comprometido y nuevas pautas de sociabilidad habilitaron a las jóvenes a realizar otro tipo de transgresiones.

La movida cultural y juvenil implicó a su vez otra toma de distancia de las jóvenes respecto a las mujeres adultas. Las polleras largas fueron abandonadas por la minifalda o los pantalones, los cuales servían tanto para mostrar de un modo diferente el

cuerpo como para “correr, saltar bancos y salir volando cuando te corrían”. En el cuerpo se inscribió la juventud, la resistencia y también una nueva femineidad, que les permitió a las jóvenes mostrarse de un modo distinto al de las mujeres adultas y con modulaciones, todas experimentaron el noviazgo, la sexualidad, el matrimonio y la maternidad, de un modo distinto al que lo habían hecho sus madres. Las jóvenes usaron bikinis, minifaldas, vestidos, pelo largo, dispusieron de la pastilla y decidieron, (entre los hombres) con quien mantener relaciones sexuales.

Los sesenta fueron un tiempo político cultural y social en el que las jóvenes pudieron transgredir los mandatos de género vigentes de formas distintas, vía revolución política – invisibilizando su condición de mujeres-, o vía revolución sexual-cultural que desplegaba otra feminidad donde el cuerpo se tornaba central. En el marco de estas transgresiones, las jóvenes tuvieron sus primeros desafíos a la autoridad patriarcal, sus propios padres que las rezongaron por la minifalda o por no regresar a dormir al hogar, o sus compañeros que les señalaron las tareas políticas o las conductas sociales que no debían adoptar dada su condición de mujeres.

Estas jóvenes llegaron a los ochenta con un cúmulo de experiencias políticas y personales atravesadas por un proceso incipiente de reflexión producido en distintos ámbitos y condiciones como el exilio, la cárcel o el insilio. En estas situaciones excepcionales las mujeres se enfrentaron a condiciones de extrema vulnerabilidad y al mismo tiempo a las posibilidades de desplegar una agencia y reflexión antes suspendida. En las distintas situaciones de represión, de abandono de la contención colectiva, del desamparo, las mujeres enfrentadas en algunos casos a la vulnerabilidad más extrema decidieron luchar por no ser nunca más vulnerables en un sentido general como recuerda Celiberti en sus memorias (1990).

En ese estado de abandono colectivo, y a la vez de libertad, estas jóvenes militantes se detuvieron a pensarse en un registro personal, a repensar su experiencia, sus decisiones y las de los otros, realizando un proceso de reflexión que daba lugar cada vez más a lo personal que se tornaba a su vez refugio político. El relato de una joven exiliada en París es más que esclarecedor de este proceso:

“Yo me acuerdo que iba a la panadería e iba a comprar pan y miraba a la gente y decía yo soy igual a ellos, nada me diferencia. Yo me bajé de la historia con mayúscula y la otra historia está llena de gente como yo, que van a comprar el pan a la panadería. Eso era muy duro existencialmente, decir yo soy igual a ellos, yo

era muy joven, 28 años ponele, y era como un dolor existencial, era una herida en la cuestión de la identidad, estar solo, estaba sola, era igual a cualquiera”<sup>2</sup>.

Por su parte Lilán Celiberti, describe en su relato sobre la experiencia carcelaria el proceso de reflexión que inició en ese contexto y que la condujo a revisar una serie de decisiones personales que fueron comprendidas desde un marco social general. Celiberti desarma sus decisiones “personales” otorgándole un nuevo significado a su maternidad, lo que había sido considerado como decisión autonómica luego es interpretado como el cumplimiento del destino biológico: “No había hecho más que cumplir con el destino de mujer que la sociedad me había impuesto” (1990:.52).

Este proceso de reflexión se daba en la cárcel, pero recuperaba el antecedente en el exilio donde se identificaba el primer encuentro con ideas feministas que luego en la cárcel se reactivarían, así Celiberti recordaba una canción de las feministas italianas que le había enviado a la madre y que en la cárcel se cantaba para ella misma: “siempre creí que había elegido casarme / que había elegido ser madre / que había elegido hacer la casa / y después he descubierto que esas elecciones no eran mías”.

El exilio significó para muchas militantes uruguayas el entrar en contacto con dos agendas que serían centrales para la izquierda de los ochenta: derechos humanos y mujeres. Sin embargo esto no implica que las exiliadas una vez en los países de acogida pasaron automáticamente a participar en organizaciones feministas, sino que fue un proceso intermitente de ir conociendo algunas ideas que circulaban cerca de los espacios en los que participaban las exiliadas, fueran espacios políticos o académicos. En Francia en Italia, las exiliadas pudieron conocer las grandes movilizaciones así como acercarse a algunas revistas, boletines o grupos que se organizaban en las cercanías. Lo mismo sucedió con las exiliadas en México a las cuales les comenzaron a llegar algunos materiales del feminismo local de forma aislada pero que en modo alguno implicaban la instalación de un debate ideológico al respecto. Como señalaba una entrevistada: “el partido no se enteraba de nada”.

El relato de este primer encuentro refiere de forma recurrente a un proceso de acercamiento a un mundo desconocido pero familiar a la vez. Todas las entrevistadas mencionan como de forma inmediata se vieron reconocidas, cómo pudieron comprender con términos específicos y nuevos conceptos vivencias cotidianas que aún no habían

---

<sup>2</sup> María

sido comprendidas desde ese prisma. En el exilio leyeron algunos materiales, incorporaron algunas ideas y fueron “aprendiendo conceptos” en un contexto, europeo por ejemplo, donde la campaña del aborto y el movimiento gay-lésbico estaban en pleno proceso de emergencia y del cual era casi imposible abstraerse como recordaba Silvia: “era el feminismo, los verdes, la igualdad y el anti-racismo, miles de combates sociales estaban en plena ebullición, yo no los descubrí, caí como en una piscina llena de eso, era muy difícil evadirse de todo eso.”

En el insilio y luego en el proceso de resistencia que se fortaleció en los primeros años de la transición, los primeros materiales comenzaron a circular por parte de GRECMU. Ahí en el ámbito barrial las mujeres empezaron a leer “una cantidad de cosas y ahh esto es así, esto me pasó a mi, esto a mi también. La Cacerola fue el instrumento central de divulgación de estos asuntos”.

Según los distintos testimonios de las entrevistadas el primer encuentro con estas ideas no generó rechazo sino que fue “natural” y de forma recurrente interpretan su condición de feministas a épocas previas aún sin conceptualizarlo. “Yo ya era feminista” o “siempre había sido feminista sin saberlo” son frases recurrentes de los distintos relatos. En esta lectura hay además una referencia a madres y abuelas, a una figura femenina que había marcado en la niñez un perfil distinto y una referencia de irreverencia así fuera como recuerda Alejandra: “el decreto de mi madre luego de haber leído a Beauvoir de no cocinar más los domingo”.

GRECMU se transformó en un lugar de referencia donde se producían materiales, debates y encuentros a partir de la dedicación de sociólogas, historiadoras, economistas que articularon su producción académica con el activismo. A su vez muchas transitaban por los espacios partidarios como es el caso del rol que desempeñaba Silvia Rodríguez Villamil como militante política.

Silvia lideraba los estudios feministas en GRECMU, escribía la columna de La Hora, participaba de la Comisión de Mujeres del Frente Amplio y de la del Partido Comunista. Articulaba así producción teórica, militancia política y feminista, convocando a militantes de distintas izquierdas al nuevo proyecto feminista. Una militante proveniente de la militancia territorial y vinculada a la vertiente cristiana de la izquierda uruguaya, señalaba este aporte:

“Aquellos números de La Cacerola, tan bien diseñados, con aquellos artículos de Silvia, marxista que ella cerraba en esa discusión que daba con la izquierda.

Porque ahí te cerraba todo, los vacíos de la formación marxista. Nosotras arrancamos como feministas marxistas discutiendo marxismo y los vacíos de la teoría del reparto del bienestar económico sin incluir lo cultural, y ese fue un descubrimiento”.

Este es un elemento central del feminismo en Uruguay. Las primeras investigaciones y reflexiones mostraron que la cuestión de la mujer había sido un aspecto olvidado, tanto por la democracia liberal como por el socialismo. En la investigación publicada por Silvia Rodríguez Villamil y Graciela Sapriza en 1984, sobre las políticas del Estado hacia las mujeres en la historia uruguaya, las autoras señalaban su hipótesis de trabajo y perspectivas teórico-políticas:

“Lo que sí parece indudable es que en todo el período existe una mentalidad y una concepción de la sociedad predominantemente patriarcal, con vertientes más o menos conservadoras, pero que en última instancia coinciden en privilegiar lo doméstico y la maternidad como la principal esfera de acción y el principal papel social de la mujer. (...) El capitalismo y el patriarcado aparecen como dos grandes ejes explicativos de la subordinación femenina. Coincidimos con aquellas posturas que reconocen al patriarcado una antigüedad mayor que la del propio sistema capitalista, sin perjuicio de reconocer que en los siglos XIX y XX aparecen unidos y reforzados mutuamente. (1984:11)

La Cacerola, otros materiales publicados por GRECMU, la página de La Hora, artículos publicados en la Revista Estudios del Partido Comunista y la publicación de Cotidiano, se transformaron en los recursos de información, divulgación y concienciación que introdujeron una agenda feminista que se articulaba con un proyecto de transformación estructural preocupado por la desigualdad. Como señalaba una entrevistada, el feminismo para poder ser incorporado por estas militantes debía tener un perfil específico:

“Feministas, pero de izquierda. A sí, yo no, feminismo sin izquierda no, yo no creí en eso. Claro, nosotras queríamos tratar la desigualdad, y no es lo mismo las mujeres en un barrio popular y otras, la articulación de los sufrimientos, y eso era lo que nos decían los europeos que nosotros veíamos solo eso de las clases

sociales, pero empezamos a ver otras cosas, sin tener toda la conceptualización de cosas, que la situación de la mujer es funcional a la desigualdad, y eso al final lo vimos, que el patriarcado no como un accidente sino como algo cultural”.<sup>3</sup>

Aquellas que volvieron del exilio, salieron de la cárcel o participaron en la resistencia en los últimos años dictadura, retornaron al espacio público con un proceso de reflexión sobre sus trayectorias y con expectativas de un nuevo proyecto, donde el feminismo local captó la adhesión y se construyó de forma colectiva.

“Yo estaba en una búsqueda, me había alejado [de la organización partidaria], yo volví y estaba esperando una nueva izquierda, pero había aprendido estas cosas de la mujer, esas cosas que me movían y me pareció una linda manera de estar, con mi país y aportando algo nuevo, algo nuevo que me movía todo”.<sup>4</sup>

Así militantes de organizaciones políticas encontraron en el feminismo una clave para comprender el pasado y una causa para construir una nueva lucha política que redefinió agendas y prácticas políticas. Si en los sesenta, la transgresión a los mandatos de género había estado dada en gran parte por la salida del hogar y la inmersión en el espacio público de un importantísimo contingente de mujeres a través de movimientos y partidos, en los ochenta la transgresión, implicó el corrimiento de dichos espacios políticos –patriarcales dirán algunas- hacia nuevas organizaciones inspiradas en una “nueva política”.

Como ya se mencionó anteriormente, las mujeres no sólo leyeron y produjeron materiales en relación a la cuestión de la mujer, sino que participaron directamente en múltiples espacios más o menos formales y de acuerdo a los distintos tiempos de la transición. La participación en agrupamientos menos formales y a nivel barrial fue característico de los primeros años de la transición, mientras que aquella desplegada en organizaciones sociales que se transformaron protagónicas como GRECMU o Cotidiano, y los espacios partidarios son características de la segunda década de los ochenta.

Este corrimiento se debe tanto a la coyuntura general que recentró la militancia hacia los espacios partidarios, así como al desarrollo del propio feminismo con sus

---

<sup>3</sup> Ana

<sup>4</sup> Ana

discusiones varias. En el ámbito barrial por ejemplo se había desplegado una participación de mujeres en tanto trabajadoras o amas de casa que amparadas en la figura femenina en el contexto aún represivo manifestaban en contra de la dictadura y organizaban actividades para solucionar cuestiones prácticas de la economía familiar. Sin embargo, en la medida que el feminismo se fue fortaleciendo y que cada vez más mujeres optaron por autoidentificarse como feministas, este tipo de estrategias en las que se conservaban los roles tradicionales de género fueron cuestionadas.

Uno de los nudos centrales del debate entre las mujeres fue entonces qué estrategias desplegar para llegar a los sectores populares sin replicar las estrategias tradicionales que no hacían más que reificar a la mujer en su rol tradicional. Estas discusiones se dieron principalmente en GRECMU desde donde se organizaban actividades de concienciación así como en el PIT-CNT, en el que la mayor parte de las participantes pertenecían a sectores obreros en su calidad de trabajadoras o esposas de trabajadores. En este último ámbito, las militantes trotskistas del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), cumplieron un rol fundamental en la introducción de la cuestión de la mujer en el movimiento sindical.

### Las políticas y sus espacios de circulación

El movimiento de mujeres y el feminismo de la segunda ola hizo una fuerte apuesta a construir espacios compartidos, de coordinación y cooperación entre las mujeres, donde lo estructurante era la categoría mujer y su situación de subordinación histórica y generalizada más allá de ideologías y creencias. Como ya se mencionó las mujeres pasaron de coordinar acciones para denunciar la dictadura a coordinar acciones para denunciar el patriarcado. Sin embargo no todas circularon por los mismos espacios dadas las batallas que priorizaron dar o las estrategias que consideraban adecuadas desplegar.

Aquellas provenientes de la militancia política continuaron vinculadas por un tiempo a los espacios partidarios y concentraron ahí sus energías para el despliegue de una agenda a posteriori llamada “agenda de género”. En el campo de la izquierda la Comisión de Mujeres del Frente Amplio fue conformada por mujeres provenientes del Partido Comunista, del Partido por la Victoria del Pueblo, el Partido Socialista de los Trabajadores, el Partido por el Gobierno del Pueblo y la Izquierda Independiente. La

misma composición se daba en la Comisión de Mujeres del PIT-CNT, central sindical que en el Uruguay se encuentra en estrecha relación con las izquierdas partidarias.

La priorización de los espacios partidarios implicó un importante desafío para las mujeres que debían discutir y convencer a sus compañeros varones de la importancia de discutir propuestas asociadas a la cuestión de la mujer. En este proceso fue fundamental el esfuerzo teórico que las mujeres realizaron para poder argumentar que esta agenda debía ser incorporada y que el feminismo no era un recurso pequeñoburgués, sino una agenda de la propia izquierda que siempre había mantenido de forma latente la preocupación por estos asuntos. Sin embargo este proceso no fue sencillo porque todas las organizaciones políticas de izquierda aún mantenían una concepción muy tradicional sobre la participación política de la mujer y las estrategias a desarrollar.

Los antecedentes de trabajo con las mujeres que las distintas organizaciones políticas tenían en general estaban asociados al trabajo con las mujeres de sectores populares. Sin embargo este era un nudo central de la discusión teórico-política – el patriarcado como sistema de opresión por encima de la opresión de clase- y de las estrategias para visualizar a las mujeres. Como señala Teresa: “Nos mandaban a cocinar a las ollas populares, mientras nosotras queríamos dar la discusión política”.

Las mujeres con doble o triple militancia, como señalan varias entrevistadas, se enfrentaron más que a la crítica proveniente del feminismo autónomo como sucedió en otros países, que a la de los partidos políticos en los cuales buscaban incidir. Esta es una particularidad del Uruguay, la casi inexistencia de organizaciones feministas autónomas o integradas por militantes sin vínculos político-partidarios. Mientras participaron de las comisiones de mujeres de los espacios partidarios y de organizaciones sociales como GRECMU o Cotidiano, las mujeres debieron hacer un esfuerzo más que importante para erigir su voz como mujeres y poder ser escuchadas en tanto tales sin quedar relegadas de la discusión política. En el ámbito de las organizaciones partidarias la posibilidad de ser escuchadas pasaba justamente por ocuparse de temas y hablar en el lenguaje militante.

En el congreso de una de las organizaciones políticas... recuerda que ante su presencia lo primero que preguntaron sus correligionarios era “si venían como compañeras o como mujeres”. La oposición se establecía por parte de los compañeros en relación a estos temas y la categoría mujer quedaba alejada de lo político pese a

todos los esfuerzos que aquellas realizaban. Las condiciones de escucha eran más que difíciles como señala Laura:

“Era muy difícil llevar la agenda feminista a la izquierda, no sólo a los partidos, sino a las radios, a todos lados. Me acuerdo que una vez salimos a vender Cotidiano un 1 de mayo, y se sentía cuando eras un bicho raro, delirante, desubicada, tenías que vivir justificando y explicando. Exponer este tema en la izquierda daba trabajo y generaba una sensación estereotipada y era difícil decir una cosa exacta, estabas a la defensiva, cuando se polariza la discusión es muy difícil, te decían “vos estas exagerando, ay las feministas”, eso de subestimar, desconfiar, cada discusión era una batalla, una escucha subestimadora. Eso generaba algunas reacciones de estar a la defensiva y la discusión era complicada y al final reculabas al grupo donde podías pensar tranquila, porque ahí no podías”.

Para las organizaciones partidarias la doble militancia de las mujeres era un desafío porque interpelaba, a diferencia de otras agendas de los movimientos sociales de los 80 como la de DDHH- directamente a la interna de la propia orgánica. En 1984 un plenario con 700 militantes delegadas del Frente Amplio (FA) elaboró una plataforma de género a incorporar al programa de gobierno. De esta última hubo sólo una que el partido decidió no incorporar: aquella que reclamaba por la democracia en el hogar (Johnson 2000:83).

Las feministas de izquierda se encontraban en GRECMU, Cotidiano, y en las instancias partidarias antes mencionadas. La vertiente de los partidos de izquierda no sólo se fortaleció con el retorno de las elecciones y con la dilución de los espacios compartidos con mujeres políticas de otros partidos como la Intersectorial y la Concertación, sino con la discusión de la agenda de los DDHH a partir de la sanción en 1986 de la Ley de Caducidad que impedía juzgar a los responsables del terrorismo de Estado.

Al día siguiente de la votación de la norma, en conferencia de prensa mujeres familiares de víctimas - Elisa Delle Piane de Michelini, Matilde Rodríguez de Gutiérrez, Luz Ibarburu de Recagno y Esther Gatti- rechazaron la aprobación de la ley y colocaron en la agenda la posibilidad de convocar a un Referéndum revocatorio de la misma. Los años 1987 y 1988 fueron dedicados por parte de la Comisión Nacional Pro Referéndum

a la recolección de firmas. El referéndum era visto como una instancia fundamental que permitiría dar marcha atrás con la Ley de Caducidad y al que el amplio campo de la izquierda junto con el Movimiento Nacional de Rocha (MNR) del Partido Nacional, dedicó todas sus energías.

En el proceso de la campaña del “voto verde”, la calle volvió a ser ocupada y se reeditó la movilización previa a 1985 y reinstaló de alguna manera aquel espacio compartido y abierto para lo político que se había conformado entre 1982 y 1983. En este contexto el movimiento de mujeres se vio directamente interpelado por la discusión sobre la estrategia a adoptar en la campaña. Mientras algunas consideraban que esta agenda no hacía al movimiento feminista, otras manifestaban que estaba estrechamente relacionada y que el feminismo debía asumir dicho compromiso. Lucy Garrido expresaba claramente la postura política asumida por Cotidiano:

“Nos enojamos cuando una mujer es golpeada por su esposo, cuando una mujer es violada por un grupo, por el joven de la esquina o por su propio marido, en estos casos todas protestamos y reclamamos por justicia y castigo. Entonces ¿no deberíamos reclamar lo mismo cuando los violadores son los tenientes, los coroneles o un simple soldado? Es que el término “feminista” ¿sólo sirve como refugio para aquellos que quieren despolitizar algunas cuestiones? Es esencial que el movimiento de mujeres, desde un espacio de autonomía, no quede aislado del resto del movimiento social y que así como se aceptan las implicaciones de que si “lo personal es político”, entonces también se acepte que “lo político es político”. (La República de las Mujeres, 18 de marzo de 1989, p.3).

La campaña del voto verde interpeló así directamente a los nuevos movimientos sociales. Como relata Sempol (2013:109), una de las primeras organizaciones en contra de la discriminación sexual, Homosexuales Unidos (HU), participó de la campaña y dentro de esta también pudo militar para ambas causas, así un volante de la época anunciaba: “Los homosexuales votamos verde”.

El movimiento de DDHH y el feminismo de izquierda, a diferencia de lo sucedido en Argentina, cerraron filas ante la conformación de un nuevo enemigo común: la Ley de Caducidad. Las feministas uruguayas no criticaron por ejemplo la condición de esposas o madres desde las cuales las mujeres del movimiento de DDHH reclamaban justicia. El debate se centró en el apoyo o no a la campaña del voto verde,

fundamentalmente por integrantes del movimiento pertenecientes a los sectores tradicionales, pero en modo alguno hubo feministas que “corrieron por izquierda” al movimiento de DDHH.

En 1987 se creó la coordinación de mujeres con el objetivo de apoyar la recolección de firmas para el Referéndum derogatorio. Este espacio dominado básicamente por organizaciones vinculadas a las izquierdas tuvo su protagonismo en el marco de la campaña del voto verde y permitió el encuentro de las mujeres provenientes de distintas izquierdas. Así el espacio del feminismo de izquierda quedaba concentrado en estas militantes y el movimiento heterogéneo de mujeres perdía fuerza.

El compromiso con los DDHH y el rechazo a las dictaduras fueron una característica que marcó al feminismo de la región. En relación al conflicto Beijing y la discusión sobre las feministas “institucionalizadas” o “autónomas”, la designación de Gina Vargas fue respaldada con el argumento de que podía ser institucionalizada y cualquier cosa, pero nunca una “mujer de la dictadura” (Citado por Masson, 2007:125)

### Adentro y fuera de la izquierda

Para el feminismo de izquierda a nivel local, dos espacios se tornaron centrales: la Comisión de Mujeres del Partido Comunista y la organización Cotidiano Mujer. Estos dos ámbitos fueron de vital importancia. El primero por la relevancia que ocupaba el partido dentro del campo de la izquierda en general en Uruguay y específicamente dentro del Frente Amplio. La segunda por el esfuerzo intelectual, organizativo y político que desplegó desde 1985 transformándose en una organización autodenominada feminista y que es la vanguardia en la agenda feminista hasta la actualidad.

En relación al primer, merece la pena prestar atención al proceso de revisión que realizaron sus militantes respecto a la línea política del partido en relación a las mujeres. La línea del partido en épocas anteriores se había dirigido fundamentalmente hacia las trabajadoras sindicalizadas y/o esposas de comunistas de sectores populares movilizadas en el ayudismo primero y contra la carestía después. El mensaje partidario -lejos de convocarlas al espacio político- reproducía los tradicionales roles de género: cuidados personales e infantiles, educación, mantenimiento del hogar y protección social para trabajadoras.

Los espacios orgánicos sobre la cuestión de la mujer, como la Unión Femenina o el Comité Femenino del Fidel, fueron limitados y poco atractivos para el gran contingente de mujeres jóvenes e intelectuales que ingresaron a las filas del partido y de la juventud comunista luego de 1955. Tampoco se vincularon con la Federación Democrática Internacional de Mujeres con la que el partido tuvo una relación intermitente.

Esta situación cambió tras la nueva democracia posdictadura y en el marco de la preocupación de la organización por transformarse un “partido habitable”, las mujeres comenzaron a realizar críticas respecto a la organización jerárquica, a las condiciones de participación de las mujeres y a realizar un revisionismo general sobre la estrategia del partido hacia las mujeres.

La categoría mujer había sido decodificada por largo tiempo como la de madre y esposa del partido y por tanto no había logrado convocar a aquellas jóvenes que en el marco de la revolución política querían identificarse con el Che Guevara. Así recuerda una joven comunista lo poco atractivo que resultaba el trabajo hacia las mujeres por parte del partido en plena movilización de los sesenta:

“Las mujeres eran las buenas compañeras, las que criaban a los hijos, las que acompañaban, nosotras las jóvenes no queríamos ser eso, queríamos la libertad, y eso era el Che Guevara. Nos costó muchos años incorporar eso pero intuitivamente lo tenías, si vos preguntabas vos ¿a dónde querés ir a la FDIM o a la Sierra Maestra? no yo a la Sierra Maestra, ahí estaba la libertad, allá no. Para nosotras eso era como una debilidad, esos grupos querían ser femeninas , y nosotros no queríamos ser femeninas, queríamos ser guerrilleras, queríamos tener los mismos derechos, porque además algo de la practica era machista, no te dejaban ir de pegatina o cuando se armaba lio te cuidaban , entonces una peleaba por la igualdad de verdad.<sup>5</sup>

En los años previos a la dictadura, y a diferencia de la década del cuarenta, el PCU no impulsó la conformación de espacios orgánicos ni desarrolló una estrategia de frente femenino como lo hizo con intelectuales, trabajadores y estudiantes en aras de conservar el predominio ante el auge de la denominada nueva izquierda en los sesenta. Los espacios femeninos eran poco relevantes y convocantes tanto para la generación

---

<sup>5</sup> Julia

joven de los sesenta como para las mujeres adultas que tenían altos niveles de participación en el PCU como intelectuales o pedagogas. Como recuerda otra entrevistada, a pesar del esfuerzo organizativo en un partido con una pauta muy homogeneizante, estos espacios no eran atractivos:

“Claro, se juntaban a las 5 de la tarde, tomaban chocolate con galletitas de anís. Yo hija de la otra concepción, eso era lo que despreciábamos. Ir a una reunión para discutir el precio de los bienes o como alimentar a los hijos eran bajar 5 escalones, no nos interesaba y las mirábamos con desprecio, pero las mirábamos con desprecio producto de nuestra ignorancia también porque no fuimos capaces de reconocer en ellas un pedazo de nuestra plataforma”.

Las “mujeres femeninas” como eran designadas por otras compañeras de la misma generación que no se sentían tampoco atraídas por este tipo de convocatoria, eran aquellas que realizaban tareas asociadas a las mujeres sin cuestionar los roles de género, enfocadas fundamentalmente en los sectores populares. En los ochenta fundaron una nueva organización, la Unión de Mujeres (UMU) y realizaron distintas actividades en los barrios. Rechazaban la categoría de feministas y decían estar preocupadas por “la mujer y la sociedad, no la mujer y su cuerpo” como señalaba una entrevistada de esta organización.

Las diferencias entonces no sólo eran generacionales -las integrantes de la UMU eran señoras adultas mientras las que fundaron la comisión de mujeres eran jóvenes- sino conceptuales. Aun perteneciendo todas al Partido Comunista, la falta de entendimiento era absoluto. Como señala una de las entrevistadas, las integrantes de la UMU además de no realizar aportes en términos de género, no habían aportado a la ética del sacrificio tan cara al PCU:

“Las de la UMU eran mujeres que habían militado y que habían desencillado bajo la dictadura, no sé si desencillado, no estaban vinculadas al aparato clandestino, entonces en nuestra visión, eran viejas, amas de casa, que encima no traían ni siquiera el halo heroico de la militancia clandestina, mientras que aunque las guachas nos parecían bastante sectarias por lo menos tenían la cosa de haber sido clandestinas y ser militantes, en el estilo nuestro”.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Ana

La nueva generación de mujeres comunistas en los ochenta que agenció esta temática, no sólo revisó la estrategia tradicional del partido, sino que se dedicó a elaborar una argumentación teórica que permitiera dar sustento a la agenda de género dentro del marco socialista. Hicieron el esfuerzo en este sentido de visitar lecturas y construir un nuevo argumento teórico buscando mostrar la preocupación que el marxismo-leninismo siempre había tenido en relación a la mujer, repasando todas las citas de Lenin, referenciando a Clara Zetkin, leyendo a Rosa Luxemburgo, releendo a August Bebel y a Aleksandra Kollontái, entre otros. En la siguiente cita podemos ver el esfuerzo por ir armando un corpus teórico que diera respaldo al feminismo de la segunda ola y que pudiera ser medianamente aceptado por el colectivo de pertenencia:

“Porque nosotras tuvimos que disfrazar lo nuevo de viejo. Lo que hicimos fue traer todo lo que nos fuera una fuente útil para argumentar ese feminismo, sin ser acusadas de ese feminismo burgués. Ese era el tema cómo hacer tragar al partido comunista una concepción que propiamente es una concepción ajena pero se la hicimos tragar como propia, no era que dijimos lo que dicen están gringas está bien, no, el feminismo autentico somos nosotros, la esencia del feminismo es el comunismo. Claro en ese camino te encontrabas con cosas espantosas yo llegue a la conclusión que era más progre Trotsky que Lenin, pero eso te lo quedabas para vos y tus cuatro comunistas amigas. (...) Yo le debo al feminismo haber leído a Trotsky, no al comunismo, el comunismo me lo había prohibido. En esa búsqueda, también algunas estudiamos antes que muchos comunistas a Rosa Luxemburgo. Que la empezamos a leer porque era mujer a la búsqueda de que había dicho sobre las mujeres, había dicho relativamente poco, pero claro ahí te topaste con el personaje ese que nos venía maravillosamente bien, las tesis sobre la democracia de Rosa, que venían como anillo al dedo de nuestro feminismo”.<sup>7</sup>

Esta generación hizo un importante esfuerzo entonces por articular marxismo y feminismo, convencidas que era el único método para poder ser escuchadas en la interna partidaria. Las mujeres discutieron a su vez por las condiciones de participación y pusieron en cuestión la organización jerárquica del comunismo antes de la discusión de

---

<sup>7</sup> Ana

la Perestroika. Para los noventa, el partido entró en la más profunda crisis de su historia, la comisión se diluyó y las feministas comunistas se retiraron del ámbito partidario.

La otra organización que fue de vital importancia para el feminismo a nivel local es Cotidiano Mujer, organización fundada en 1985 y que contó desde sus inicios con figuras provenientes de distintos partidos políticos y algunas sin militancia previa en los partidos. Esta organización se transformó en la segunda mitad de los ochenta en el referente del feminismo con una agenda que incorporaba temas propios de la segunda ola: aborto, sexualidad, maternidad, cuerpo, violencia. Su propio nombre daba cuenta de la postura feminista que se adoptaba también de este feminismo postransición y así lo explicaban en una de sus primeras ediciones:

“Queríamos que fuera sobrio como corresponde a todo lo que se propone ser llenado de contenido en un quehacer compartido, que crece con el movimiento de las protagonistas. Pero una idea central había dominado desde las primeras reuniones nuestra mesa de trabajo. La idea de que lo trascendente, lo que importa no está solamente en los grandes acontecimientos sociales y políticos que sacuden a la humanidad, en la tragedia, el dolor, el entusiasmo y la participación de los pueblos en la construcción del futuro. La idea de que la cotidianeidad también es un lugar de confrontación hacia el cambio y que la cotidianeidad de la mujer es la más de las veces el espejo de las cadenas que aún se ciernen sobre el comportamiento social de los pueblos”. (Cotidiano, Año 1, N° 1, 1985)

La primera edición impresa de Cotidiano ponía el tema del aborto arriba de la mesa iniciando con una pregunta “¿Por qué los hombres tienen la palabra” y demandando por la legalización del aborto ya en los ochenta y no la “despenalización”. La sexualidad y la reproducción comenzaron a ser tratadas, en el marco del discurso democrático, a partir de los derechos. Así Cotidiano señalaba la necesidad para las mujeres de contar con derechos reproductivos.

La sexualidad de las mujeres ocupaba un lugar importante en esta etapa. Desde Cotidiano se buscaban derribar mitos y brindar información. Un rol importante lo cumplía Elvira Lutz desde la Asociación Uruguaya de Planificación Familiar, unidad del Hospital Público Pereira Rosell. Lutz, partera, y su marido ginecólogo Arnaldo Gomensoro, llevaban adelante la agenda de la sexualidad planteando temas innovadores de la mano del texto de Master y Johnson.

El cuerpo y el placer de la mujer comenzaron a ser tratados de forma recurrente. Sin embargo en modo alguno esto debe conducirnos a pensar que la libertad para el tratamiento de estas temáticas era absoluta ya que aún quedaban vigentes las ideas del amor como justificativo de la posibilidad del disfrute, conjunción que era presentada como “natural” en las mujeres:

“Nosotras que no hemos roto la unión entre afecto y sexo, mejor aún, que en los momentos más íntimos si no estamos respaldadas por la amistad y la ternura de la pareja nos sentimos usadas, defendamos nuestra diversidad y evitemos transformarnos en un producto de la cultura machista, donde el gozar se separa de las emociones afectivas limitándose al acto en sí. Reivindiquemos la propiedad de nuestro cuerpo y reafirmemos la búsqueda de una emancipación liberadas de los cánones preestablecidos, donde por libertad, nosotras no entendemos “de cualquier manera y con cualquiera”...” (Cotidiano, Año 1, N°6, 1985)

El cuerpo, la maternidad o la posibilidad de renunciar a ella, la sexualidad, el derecho al disfrute fueron temas que en la primera etapa aparecieron abordados desde un esquema heteronormativo. La sexualidad de la mujer era abordada y sus mitos cuestionados, pero en relación a la del varón. Recién en 1991, en la segunda época de Cotidiano fue editado un artículo cuyo título era “¿Qué hacen las lesbianas en la cama?” y respecto al cual se daban respuestas irónicas: “Las lesbianas hacen muchas cosas en la cama: dormir, leer, mirar la televisión, hacer gimnasia, etc.”

La maternidad fue un nudo central de este feminismo, la discusión no sólo del parto o la crianza, las responsabilidades compartidas, sino la de la posibilidad de la renuncia a ella. La denuncia de un sistema de valores que imponía a las mujeres el mandato biológico de la maternidad. La maternidad fue aquel aspecto en el que muchas comenzaron a reflexionar sobre su propia trayectoria, las decisiones tomadas y no tomadas, es decir incorporadas y naturalizadas. Quienes militaron a fines de los sesenta tuvieron sus hijos muy jóvenes o pasaron por la práctica del aborto clandestino, se vieron limitadas a tener hijos por los prolongados años de cárcel y la tortura recibida, tuvieron o criaron a los hijos en el exilio, o renunciaron a la maternidad en el marco de la revolución política. En cualquier caso la maternidad se transformó en un aspecto central del pensar lo personal y lo político, y muchas la comprendieron como el nudo gordiano de la diferencia sexual.

La agenda de Cotidiano aunque fue el mejor exponente de la segunda ola del feminismo abordando las temáticas antes mencionadas, también se dedicó especialmente a la participación política, a un feminismo entrelazado con los partidos – desde donde muchas provenían- y a buscar referentes feministas vinculados con el campo de la izquierda como Rosa Luxemburgo, Aleksandra Kollontai y Clara Zetkin, así como a referentes como Flora Tristán o Julieta Kirkwood. En las diversas ediciones se realizaban notas sobre las comisiones de mujeres del PIT.CNT, del Frente Amplio, de la UMU u otras organizaciones vinculadas a la izquierda, lo que denotaba claramente los vínculos políticos.

Por último la toma de posición que realizó Cotidiano respecto al Referéndum de 1989 fue otro de los elementos centrales que definieron el perfil de la organización. Sus integrantes desplegaron los temas que hacían al feminismo de la segunda ola, pero en modo alguno esto implicó un alejamiento de la política entendida esta en su sentido tradicional. Una de las entrevistadas explicaba este proceso claramente:

“No, mirá si nos hubiéramos quedado en grupos de autoayuda con el espejito mirándonos la vagina, ¿esto es mío? ¿este cuerpo es mío o no es mío? Había que disputar el poder, punto, y para eso era necesario mujeres que veníamos de los partidos”<sup>8</sup>.

Esta configuración del feminismo uruguayo se dio no sólo por la vertiente de las militantes que provenían de los partidos, sino por la importancia en el Uruguay de estas organizaciones como estructuradoras del debate. Las entrevistadas señalaron de forma recurrente las dificultades para poner en circulación una agenda que adquiriera relevancia pública prescindiendo de los partidos y los sindicatos. En este sentido la discusión sobre la doble militancia era más ajena al Uruguay de lo que sucedía en otros países, ya que en su mayoría las feministas eran dobles militantes y así lo habían decidido.

El momento de mayor auge del feminismo fue cuando la agenda de género perforó a las organizaciones partidarias a partir de la creación de comisiones de mujeres en la orgánica partidaria. Sin embargo para fines de la década estas comisiones habían desaparecido. La comisión del FA dejó de funcionar, lo mismo la del PIT-CNT y la del

---

<sup>8</sup> Patricia

PCU. La hipótesis del partidocentrismo uruguayo vuelve a ser un eje clave de interpretación.

Aun cuando esta agenda se haya consolidado en los ochenta convocando a mujeres militantes de distintas organizaciones políticas, cabe señalar que el número de quienes se incorporaron al feminismo era muy menor en relación a la cantidad de mujeres que circuló por el espacio público tanto en los sesenta como en los ochenta. Fueron unas pocas del PST, del PVP, PGP, de la IDI y del PCU. La izquierda armada, específicamente el MLN-T prácticamente no se vinculó de ningún modo con la agenda feminista.

El gran contingente de mujeres militantes estaba atravesada por una experiencia reciente inmediata asociada a la dictadura y a las discusiones de las organizaciones políticas respecto al pasado. La experiencia de las mujeres continuó en términos generales en el registro de lo personal y la violencia del terrorismo de Estado en aquel tiempo no fue concebida como una violencia generizada como hoy en día sucede.

La brecha entre la experiencia de la cárcel y la reflexión sobre las mujeres que se produjo después resulta importante. El feminismo fue incorporado en las comunistas a partir de un intenso proceso de lecturas y debates teóricos. Sin embargo el colectivo político con mayor número de presos no pudo procesar una discusión en torno a la experiencia carcelaria. No lo hizo el partido político y tampoco lo hicieron las mujeres comunistas feministas que cuestionaban al partido en tantos otros asuntos.

Las agendas de los nuevos movimientos sociales, aún integrados por los mismos sectores políticos, casi no se cruzaron. Parecería ser que el movimiento de DDHH se dedicó al pasado, mientras el feminismo al futuro. El texto de Celiberti y Garrido sobre la experiencia carcelaria de la primera con un profundo proceso de reflexión en tanto presa, mujer y madre, casi no fue leído por las militantes de izquierda, y poco interpeló a las que ya se encontraban en el feminismo pero no habían pasado por la experiencia carcelaria.

El esfuerzo intelectual feminista para poder ser escuchadas dentro del campo de la izquierda fue importante, tal vez demasiado exigente como algunas recordarían más tarde:

“Aquello de que había que ser pioneras, una fuerte exigencia que te demandaba todo el día y todas las lecturas del mundo para poder siempre argumentar bien. Cotidiano quería ser un lugar donde nos preguntáramos cosas a fondo, y ahí iba a

haber una reflexión muy profunda, tal vez demasiado no sé. No era como otras organizaciones con trabajo directo, era una cosa de las publicaciones y poner ahí pensamiento y reflexión”.

En este sentido es probable pensar que aquellos “cuadros” de los partidos fueron los que mejor incorporaron los debates feministas, pero que también por su exigencia teórica fueron unos pocos. La vertiente más dinámica era aquella del “feminismo intelectual, de las sociólogas o las historiadoras comunistas” como recuerdan algunas entrevistadas. Estas eran las hijas de los intelectuales del PCU, las que primero habían leído a Simone de Beauvoir en sus casas paternas o en el exilio europeo, y tenían en sus bibliotecas a Aleksandra Kollontái, además de una práctica de estudio característica de la cultura comunista.

Del movimiento contra la carestía y las ollas populares al movimiento feminista se pasó a través de un gran esfuerzo intelectual que alteró radicalmente las formas de entender las estructuras de poder y redefinió estrategias de acción. Sin embargo tal vez este esfuerzo en aras de lograr la incorporación de las ideas feministas en los espacios partidarios fue en detrimento de una participación social más amplia, menos intelectual y más radical.

## **Bibliografía**

- ALVAREZ Sonia (1998): *Feminismos Latinoamericanos*. Vol. 6. N 2. Estudios Feministas, IFCS/UFRJ. Río de Janeiro.
- BARRIG Maruja (1986): “Democracia emergente y movimiento de mujeres”, en
- BELLUCCI Mabel (2014): *Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo*, Capital Intelectual, Buenos Aires.
- BROCATO Carlos (1985): “Crisis de la militancia (notas sobre la sexualidad)”, *Praxis*, nº 5, 1985/6, pp. 55-74.
- CELIBERTI Lilián (1990): *Mi habitación, mi celda*, Editorial Arca, Montevideo.
- BUTLER Judith (2000): “El marxismo y lo meramente cultural”, *New Left review*, N°2, Mayo-Junio, pp.109-121.
- CALVERA Leonor (1990): *Mujeres y feminismo en la Argentina*, Grupo Editor de América Latina, Buenos Aires.
- CELIBERTI Lilian y GARRIDO Lucy (1990): *Mi habitación, mi celda*, Editorial Arca, Montevideo.
- DE GIORGI Ana Laura (2011), *Las tribus de la izquierda. Bolches, latas y tupas en los 60*, Montevideo, Fin de Siglo.
- DE LAURETIS, Teresa (1992): *Alicia ya no*, Cátedra, Madrid.
- DE RIZ, Liliana (1985): “Uruguay: la transición desde una perspectiva comparada” en Engels Friedrich, [1884] (1941): *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Claridad, Buenos Aires.
- KOROL Claudia (2010): *Fanny Edelman. Feminismo y Marxismo. Conversaciones con Claudia Korol*, Editorial El Folleto, Buenos Aires
- FELITTI , Karina (2012): *La revolución de la pildora. Sexualidad y política en los sesenta*, Edhasa, Buenos Aires.
- FEMENIAS, M<sup>a</sup> Luisa (2009): *Género y Feminismo en América Latina*, Debate Feminista, Año 20, Vol.40.
- FERGUSON Ann (1989): *Blood at the Root: Motherhood, Sexuality and Male Dominance*, Harper Collins.
- GARCÉ A. y YAFFE J. (2005). *La era progresista*. Montevideo: Fin de Siglo
- GARCE Adolfo, (2012). *Lapolítica de la fe. Apogeo, crisis y reconstrucción del PCU (1985-2012)*, Montevideo, Fin de Siglo.
- GILLESPIE, Charles et al *Uruguay y la democracia*, Tomo III, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.

- GONZÁLEZ, Luis E. (1985): "Transición y restauración democrática". En Gillespie, Charles et al *Uruguay y la democracia*, Tomo III, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- GRAMMATICO Karin (2005): "Las mujeres políticas y las feministas en los tempranos setenta ¿un dialogo (im) posible?", en Andújar et al (Comp.) *Historia, género y política en los 70*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Feminaria Editora, Buenos Aires.
- ARTMANN Heidi (1980): "Un matrimonio mal avenido. Hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo", *Zona abierta*, no 24, págs. 85-113.
- HOBBSAWM Eric (1996): "La izquierda y la política de la identidad", *Debate Feminista*, Año 7. Vol. 14.
- LONZI Carla (1978): *Escupamos sobre Hegel y otros escritos de liberación femenina*, La Pléyade, Buenos Aires.
- JELIN Elizabeth (2003): *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales*, Libros del Zorzal, Buenos Aires.
- JELIN Elizabeth (Coord.) (1996): *Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*, Nuevas Sociedad, Caracas.
- JELIN Elizabeth (Eds.) (1990): *Woman and social change in Latin America*, United Nations Research Institute for Social Development, Zed Books, New Jersey.
- JELIN Elizabeth (Comp.) (1987): *Ciudadanía e identidad: las mujeres en los movimientos sociales latino-americanos*, Unrisd, Ginebra
- JOHNSON et al (2011): *(Des) penalización del aborto en Uruguay: Prácticas, actores y discursos. Abordaje interdisciplinario sobre una realidad compleja*, Universidad de la República, Montevideo.
- JOHNSON Niki (2000) *The Right to Have Rights': Gender Politics, Citizenship and the State in Uruguay*, Thesis, Department of Political Studies, Queen Mary and Westfield College, University of London.
- KIRKWOOD, Julieta (1983): *El feminismo como negación del autoritarismo*, FLACSO, Santiago de Chile.
- KIRKWOOD, Julieta (1984): *Feministas y políticas*, FLACSO, Santiago de Chile.
- KIRKWOOD, Julieta (1986): *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*, FLACSO, Santiago de Chile.
- LESGART, Cecilia (2003): *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del 80*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, Santa Fe.

MASSON Laura (2007): *Feministas en todas partes. Una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina*, Prometeo, Buenos Aires.

NARI, Marcela. 1996. "Abrir los ojos, abrir la cabeza": el feminismo en la Argentina de los años '70. En *Feminaria*, Año IX, N°18-19

OLEA Cecilia (Comp.) (1998): *Encuentros, (Des) Encuentros y Búsquedas. El movimiento feminista de América Latina*, Ediciones Flora Tristán, Lima.

OLLIER María Matilde (2009): *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires.

ROWBOTHAM Sheila (2009): "Caro Dr. Marx: carta de una feminista socialista", *Cadernos Pagu*, n° 32 Campinas, jan./jun.

ROSSANDA Rossana (1990): "El encuentro con el feminismo", *Debate Feminista*, Año 1. Vol. 2. Septiembre.

Rossana Rossanda (1982): *Las otras*, Gedisa, Barcelona.

RODRÍGUEZ V., Sapriza G. (1984): *Mujer, Estado y Política en el Uruguay del Siglo XXI*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.

ROSSI Laura, TARCUS Horacio (1986). "Militancia y revolución (la crisis de un modelo)", Editorial, *Revista PRAXIS*, Año III, n°5, 1985/86.

SAPRIZA Graciela (2014): Desde el llano (que no está) en llamas (también podría llamarse "En busca del tiempo perdido") (otra referencia literaria que quizá se ajuste más al tono de esta intervención que sufre de algo parecido a nostalgia), *Debate Feminista*.

SAPRIZA Graciela (2009): "Memoria para Armar. La construcción de un archivo. Relatos de mujeres sobre la dictadura en Uruguay", III Encuentro "Archivos y derechos humanos: el archivo y el testimonio", *Memoria Abierta*, Buenos aires, septiembre de 2009.

SCOTT Joan (2012): *Las mujeres y los derechos del hombre. Feminismo y sufragio en Francia, 1789-1944*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

SCOTT Joan (1992): "El problema de la invisibilidad", Carmen Ramos Escandón (comp.), *Género e Historia*, Antologías Universitarias, Inst. Mora, UAM, México.

SEMPOL Diego (2013) *De los baños a la calle. Historia del movimiento lésbico, gay, trans uruguayo (1984-2013)*, Editorial Sudamericana, Montevideo.

SEMPOL, Diego (2010): "Homosexualidad y cárceles políticas uruguayas. La homofobia como política de resistencia", *Sexualidad, Salud y Sociedad*, Revista Latinoamericana, N°4, [www.sexualidadsaludysociedad.org](http://www.sexualidadsaludysociedad.org).

VARGAS Virginia (2008): *Feminismos en América Latina. Su aporte a la política y a la democracia*, Programa Democracia y Transformación Global, Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, UNMSM, Lima.

VARGAS Virginia (2002): “Los feminismos latinoamericanos en su tránsito al nuevo milenio (Una lectura político personal)”, en MATO Daniel (Comp.), *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Caracas, Venezuela.

VARGAS Virginia (1991): “El movimiento feminista latinoamericano: entre la esperanza y el desencanto. (Apuntes para el debate), *El cielo por asalto*, Año I, N° 2, Imago Mundi, pp.8-24.

VASSALLO Alejandra (2005): “Las mujeres dicen basta. Feminismo, movilización y política en los setenta”, en Andújar et al (Comp.) *Historia, género y política en los 70*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Feminaria Editora, Buenos Aires.

YAFFÉ Jaime (2005). *Al centro y adentro. La renovación en la izquierda y el triunfo del Frente Amplio en Uruguay*, Montevideo: Linardi y Risso.

Young Iris (1992): “Marxismo y feminismo: más allá del matrimonio infeliz”, *El cielo por asalto*, n° 4 otoño/invierno 1992, pp. 40-56